

México: 1947

Damián Bayón

Es curioso cómo, retrospectivamente, cada viaje tiene su clima, clima en todo el sentido del término. Si el Canadá de ese viaje fue otoñal y delicioso, el México posterior —con el mismo amigo— obedeció ya a otras leyes. La majestuosidad misma del paisaje: templado en la meseta, con pinos, volcanes, flores. Verdadera Castilla, más dulce y acogedora, la que los conquistadores y los frailes se habían anexado, mejor dicho a la que se habían a su vez convertido, así como habían tratado de convertir a los indios a los secretos católicos mientras los nativos seguían conservando por siglos los secretos de sus propios dioses que, poco a poco, fueron confundiendo: Tonatzin con María, Jesús posiblemente con una combinatoria de dioses benévolos y terribles.

Si pienso ahora en ese México es solo lo que veo. Grandes lluvias también, nubes negras detrás de la fachada color marfil de Tepotzotlán cuando todavía la ilumina el poniente. Quiero decir que mi sol de esta vez, no es tanto real, tangible —por eso lo llamo "mi sol"— sino una manera de decir. Me muevo yo, mis amigas, Raúl —¿quién más habrá habido?— en un territorio, en un tiempo que queda bajo el signo solar. Incluso cuando me consta que vi a Alfonso Reyes (ya he escrito también de eso en otro tono), encerrado en su Capilla Alfonsina, como en un estuche. A la sombra del día y de sus libros infinitos sobre las paredes altas, cuajadas de encuadernaciones. También Reyes está al sol, con esa cara de ídolo maya, su doble que le descubrí en el antiguo Museo de Antropología.

Si consigo mecarme al viento que sopla sobre Teotihuacán, subir a la pirámide del Sol —justamente— es porque estoy recuperando algo de lo más profundo del viaje, de ese viaje, o de cualquier

otro. Seco, el aire está seco: se ve hasta muy lejos. Y como esa falsa Castilla es llana, desde el camino, andando en coche voy viendo aparecer Acolman o Actopan o Huejotzingo, como lo que son: naves varadas entre trigales. Así se llaman con razón los espacios vertiginosos y aireados: naves, con un nombre bien puesto de una vez por todas. Grandes carabelas blancas ancladas que siempre parecen más grandes, tal vez porque se anuncian ya de muy lejos. Y uno las va buscando, las ve mereciendo como una sombra, un respiro de aire quieto al interior, una resonancia. ¿Que tienen cubierta gótica —de ladrillo en la parte pobre, de piedra bien labrada en el ábside—... qué importa? Afuera un telón plateresco nos engañaba: creíamos que iban a ser más lujosas. Lo son, a su manera. ¿Quién hacía medallones y cabezas de guerreros antiguos sobre la piedra blanca, con manos de indio enseñado, de fraile hábil para la talla? Apoyándose en qué, quiero decir, copiando de qué libro, tratado de Serlio o de quien fuera. Allí a dos mil metros de altura en un país hostil recién conquistado a fuerza de arcabuces y cristazos apenas veinte o treinta años antes... Es demente la Conquista, ¿quien la entiende?, tal vez esos gallardos edificios almenados, con sus capillas posas como los pollitos al pie de la gran gallina blanca, nos den una buena pista.

Suele ocurrir que desde un convento se vea una ruina precortesiana o viceversa. Y cualquiera descubre enseguida el doble juego de coincidencias y oposiciones. Masas en el paisaje. Las indias masas sólidas porque son pirámides, escalinatas rituales cuyas barandas están hechas con el cuerpo de Quetzalcóatl, cruces juegos de pelota en que los perdedores eran sacrificados cuando no

habían sabido ganar. Todo duro, geométrico, implacable y al sol. Y los conventos eran también masas —¿cómo no serlo si tienen unas dimensiones que dejan atónito al espectador?— pero son masas huecas, en sombra para recoger almas, para rezar a un dios íntimo cuando se le sabe rezar. Un dios para adentro, así como en las estelas agresivas los dioses de ese cielo de grandes nubes blancas que enloquecieron a Einstein que nunca terminó de armar sus kilómetros de película. Los conventos son para adentro. Con las dos figuras restablecidas en mi cerebro antiguo y mis manos actuales yo estoy queriendo hacer mi México. Y no me importa tanto leer más libros o escuchar más opiniones, ni siquiera las de quienes admiro y respeto. No, esta vez es empresa mía y si no la saco adelante será por torpeza, por timidez, por ignorancia de las palabras que hacen una realidad, en vez de describirla apenas.

Nada de datos concretos, pues. Mi viaje se está transformando en un largo poema instantáneo. En prosa, para colmo. Quizá un mensaje absolutamente intrasmisible. Es lo único que atino a hacer, con la facilidad que da una máquina que se anticipa a mis deseos, a mis caprichos, a mis locuras de asociación de cosas heterogéneas, incompatibles. De este farrago puede salir algo. Y cuando compruebo que sólo he escrito tres tristes páginas de delirios yo mismo me siento muy insatisfecho porque este monólogo para ser eficaz tiene que medir treinta páginas o trescientas. Y nunca tendré la fuerza para recorrerlas con la escritura automática.

Y faltaba aún un ingrediente: el hambre, esa hambre de cuando hay un buen cielo azul, alto. La búsqueda de qué comer, dónde y pronto. Eso sí se habrá perdido más que mi visión de horizontes y formas que se avanzan hacia mí, estupefacto. Lo demás fue la ciudad de México que me exaltó de otra manera más urbana. De asombro en asombro hasta las iglesias recamadas, la Catedral mole, el Palacio largo como una frase escrita en piedra, el Sagrario piramidal también como recuerdo. Otra vez tal vez sepa decir esa otra historia.

Del campo mexicano —por llamarlo de alguna manera— tengo esas impresiones vagas pero muy positivas. De la ciudad de México, en cambio, un sentimiento de desconcierto. Era una ciudad magnífica de monumentos, descubriría

yo la sangre coagulada del tezontle contrastando con la rubia chiluca. El barroco de fachadas y retablos me entusiasmaba. Pero el resto de la calle me parecía pobre, y en algunos casos sórdido. Cuando iba a mejores barrios —colonias le dicen allí— como el que habitaban mis amigos o el mío propio de departamento prestado veía la mediocridad de esa arquitectura urbana, inferior a la de Buenos Aires. Ya la ciudad se estiraba por Insurgentes hasta la eternidad. Desde entonces que vengo equivocándome en México que para mí es un mapa puesto al revés: el norte debería ser el sur y el sur norte, los dos otros puntos cardinales que se arreglen como puedan. Durante mucho tiempo, sin auto propio y tomando tranvías y autobuses (camiones en el idioma vernáculo), yo siempre que iba al sur creía estar yendo al norte. Ese error se ha perpetuado y me tengo que hacer una violencia con la curiosa impresión de que me estoy equivocando cuando estoy en lo cierto. Y viceversa.

Sí, chirriantes tranvías, desorbitados autobuses con un caño de escape en el techo para divulgar mejor sus gases metélicos. Coronados por infinidad de gentes colgadas de los estribos. Muchachos en general, qué mujer o persona mayor podría realizar esas proezas. Esa promiscuidad en los suburbios era pintoresca y me quedó grabada hasta haber merecido un viejo poema mío en prosa. Porque no era falta de simpatía de mi parte, era incompatibilidad, no saber a ciencia cierta dónde estaba yo ni qué estaba haciendo allí en ese momento de mi devenir.

De día recorría a grandes trancos lo que iba de mi cueva de dormir hasta el centro de demasiado lejos. Esperando comer tarde en casa de las Henríquez. ¿Pero qué desayunaba yo y dónde? No queda registro, lo que quiere decir que no me importaba mucho, tal vez me comía algo llevado el día antes. Después, los almuerzos que debían de durarme todo el día porque yo sabía que no iba a haber otro alimento alguno hasta el día siguiente. Quiero suponer que dormía una siesta y a la tardecita me iba a bañar a esa alberca al aire libre en que no conocía a nadie pero donde, al menos, me hice amigo de un muchacho más joven que yo y que luego vi algunas veces. Recuerdo que en plena natación había ya oscurecido y se prendían unos grandes reflectores que ponían el agua más negra y llena de reflejos que cabrilleaban

en la superficie. Todo eso entre gritos de desconocidos que se divertían de manera salvaje que yo no criticaba, ni mucho menos, sino que envidiaba desde el fondo de mi corazón de tímido.

De noche cerrada la cosa era distinta. Hay que reconocer que la cena constituye también una etapa del día, la que lo divide de la última parte del día ante la proximidad de la fiesta, del cine, del teatro, la lectura o —simplemente— de la cama. Calculo que un tercio de lo leído, lo he leído en la cama. Otro tercio tal vez en los tranvías porteños cuando se trataba de largos viajes como unos que hacía a una presunta novia, a la que una noche me le declaré en la puerta de su casa (por suerte me dijo que no). De vuelta de ese suburbio arbolado me esperaban tres cuartos de hora de viaje a los tumbos en esos tranvías de Buenos Aires, que costaban entonces exactamente diez centavos.

Vuelvo a México para decir lo peligrosas que eran las calles nocturnas. Aun en el centro, recuerdo que a las once de la noche se apagaban los faroles de Insurgentes. Y no era raro leer en los diarios que algún vecino había sido atacado y robado la noche anterior. Y a veces, para mayor dramatismo se aclaraba que se sospechaba de un guardia de la seguridad. Con ese arte que tienen los mexicanos para los títulos melodramáticos de un palmo de alto y en primera plana se leían denuncias espeluznantes: OTRO

GUARDIA QUE ROBA A UN VECINO EN LA COLONIA ROMA, O COSA PARECIDA. Mi única riqueza era mi máquina fotográfica ¿la tenía aún o me la había prestado Raúl por un tiempo? Lo cierto es que entre mis viejas fotos no encuentro ninguna de México así como las tengo de Yale y de otros sitios que visité esa vez.

Lo que quiero decir es que pobre, cansado, deslumbrado de lo que había visto en el día, después de nadar y de bañarme hasta la desesperación, lo mejor que podía hacer era irme a dormir como un tronco, es lo que hacía la mayoría de las noches. Otra cosa de lo que no me queda registro es la de haber escrito en un cuaderno. Hace poco he encontrado tres cuadernos de Diario, que datan de los años 1944 y 1945, es decir que bien podría haberlos de ese año 1947 del que estoy hablando en estas memorias. Me proporcionarían algunos detalles. En todo caso sí sé, perentoriamente, que tomaba apuntes de espacios, salas, recintos que consideraba proporcionados y dignos de retener: creo que uno fue el refectorio abovedado de un convento que podría ser Acolman. Anotaba también los colores de las que estaban pintadas las paredes. A la cal —evidentemente— pero mezclada con algún colorante en polvo de esos que los mexicanos ancestralmente saben combinar. Colores pastel que casan entre sí de la manera más audaz y más equilibrada al mismo tiempo. □

Buzón de fantasmas

De Alfonso Reyes a Genaro Estrada

El 21 de enero de 1929 Alfonso Reyes escribe en su Diario: "Ricardo Molinari vino a verme, y me expuso los cargos de la joven literatura argentina contra la nueva literatura mexicana, materia de mi carta número 17, de esta fecha, a Genaro Estrada." De hecho, esta carta

viene a ser un documento valioso sobre las circunstancias que impedían un mayor acercamiento cultural entre México y la Argentina, ideal por el cual Reyes luchó incansablemente durante su primera estancia en Buenos Aires (1927-1930) mientras era Embajador de México.